



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



JÓVENES CON PRESENTE Y FUTURO

Alcaldesa Mayor de Bogotá
Claudia Nayibe López Hernández

Secretaría de Educación del Distrito
Edna Cristina Bonilla Sebá

Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Andrés Mauricio Castillo Varela

Subsecretaria de Integración Interinstitucional
Deidamia García Quintero

Subsecretario de Acceso y Permanencia
Carlos Alberto Reverón Peña

Subsecretario de Gestión Institucional
Julián Fabrizzio Huérfano Ardila

Director General Agencia Distrital para la Educación Superior,
la Ciencia y la Tecnología - Atenea
José María Roldán Restrepo

Director Instituto para la Investigación Educativa
y el Desarrollo Pedagógico - IDEP
Jorge Alfonso Verdugo Rodríguez

Jefe Oficina de Comunicaciones
Conny Mogollón Barbosa

Asesor de Despacho
Néstor Alfonso Mora Roncancio



SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN



La educación entendida como derecho humano, motor de cambio, promotor de movilidad social y estímulo del crecimiento económico se ha convertido en uno de los asuntos más relevantes de la agenda pública de las sociedades contemporáneas. Se trata de una conversación fascinante en la que hablar de educación equivale, no pocas veces, a hablar también de juventud. Pero el camino de las y los jóvenes no ha sido —no es— fácil. Muchos factores de origen socioeconómico les han impedido el acceso a la educación superior y, con ello, han limitado la posibilidad de lograr sus metas y sus sueños. Ellos y ellas se enfrentan cada vez más a un mundo cambiante, abocado, sin remedio, a un nuevo paradigma donde la incertidumbre es una constante. Por eso es inevitable —o más bien, urgente— que las y los jóvenes sigan siendo la apuesta principal de cualquier política pública que se precie de enarbolar las banderas de las nuevas generaciones.

Así lo ha entendido la alcaldesa Claudia López, para quien la educación ha ocupado los primeros lugares en la lista de prioridades de su administración. Conseguir que la capital de Colombia tenga cada vez más ciudadanos felices, capaces de reconocerse como buenos seres humanos —ha dicho López—, pasa por transformar la educación tanto fuera como dentro del aula. Por eso, el increíble afán de la Secretaría de Educación del Distrito (SED) de impulsar una oferta educativa de calidad que permita a las y los jóvenes ejercer su ciudadanía en una Bogotá igualitaria, incluyente, consciente y sostenible.

En este intenso camino, la SED, en conjunto con la Agencia Distrital para la Educación Superior, la Ciencia y la Tecnología (Atenea), se ha propuesto proporcionar mejores oportunidades a la juventud. Y lo ha conseguido: Bogotá tiene hoy una de las inversiones más altas de su historia en educación superior, con 1,8 billones de pesos y 40.000 cupos universitarios gratuitos con el programa ‘Jóvenes a la U’, y otras estrategias de educación superior como ‘La U en tu colegio’ y los Fondos de Educación Superior que además ofrecen una ayuda de un salario mínimo mensual legal vigente por semestre cursado para los estudiantes favorecidos.

Pero no solo eso, se han impulsado programas que promueven el acceso a la educación superior y a las oportunidades laborales con otras estrategias como ‘Reto a la U’ y ‘Todos a la U’, así como convenios con el SENA para obtener doble titulación como bachiller y técnico laboral. En este libro se repasan desde lo político, pero también desde el corazón, los beneficios que han traído para miles de chicos y chicas las iniciativas implementadas en materia de educación. Una mirada que se enfoca en la esperanza, en el convencimiento de que solo desde el apoyo a ellos y a ellas es posible un mundo distinto. Bienvenidos. Bienvenidas.

El retrato de una dura realidad

La educación es la llave que abre las puertas a nuevas oportunidades y a un futuro que puede ser brillante y próspero. Con esa visión optimista, la alcaldesa Claudia López se propuso —desde que inició su candidatura— invertir en la educación posmedia (la formación posterior a la educación media, que comprende la educación superior, la formación para el trabajo y el desarrollo humano y la educación informal) más allá de la que se imparte en los colegios, y crear nuevas oportunidades para la juventud. Se comprometió a luchar por ellas y por ellos, y así lo ha hecho.

Este compromiso se hizo mayúsculo tras las movilizaciones sociales de 2019, cuando miles y miles de jóvenes se organizaron y alzaron sus voces exigiendo una educación más accesible y equitativa. Con cada una de sus consignas reclamaron la necesidad de que los nuevos gobiernos locales incluyeran en sus agendas acciones prioritarias para atender sus demandas. Razones no les faltaban: desde finales de la segunda década del siglo XX las y los jóvenes de Bogotá, enfrentados a un mundo de cambios y de desafíos veían en la educación una promesa, pero también una meta lejana, difícil de alcanzar para muchos. El descontento, el pesimismo y la incertidumbre los lanzaron a las calles.

La SED atendió ese llamado, pero un inesperado giro en la historia de la humanidad desató una tormenta de dimensiones incalculables. La pandemia del covid-19 y el confinamiento, que llevaron al planeta entero a una

especie de paréntesis en el tiempo, tuvieron un impacto devastador en lo económico y en lo social. Para chicos y chicas fue peor: se quedaron sin clases presenciales, sin empleo, muchos sin acceso a la tecnología y empujados hacia una desigualdad que se hizo más evidente y prolongada, y donde los más vulnerables se enfrentaron a serias desventajas.

El vértigo que produjeron estos cambios hizo que los caminos lineales que otras generaciones tomaron para realizar su vida ahora se bifurcaran hasta el infinito en un sinfín de posibilidades. Los sueños siguen ahí, intactos, pero acaso se antojan más lejanos y difíciles de alcanzar en una sociedad que se transforma sin respiro. En la juventud bogotana está claro el anhelo de autorrealización, de florecimiento de la mayoría, pero factores sociales, económicos y culturales se convierten en obstáculos y barreras, profundizadas en muchos casos por condiciones demográficas, sociales, familiares e históricas.

Las cifras son contundentes: para el 2019 en Bogotá, solo el 47% de las y los jóvenes logró acceder a la educación superior de manera inmediata. De acuerdo con la Encuesta Multipropósito para Bogotá (2021) Algunas poblaciones se han visto más marginadas del sistema, como mujeres con hijos: sólo el 37% de ellas tuvo la oportunidad de acceder o finalizar la educación superior, lo mismo que el 27% de la población perteneciente a grupos étnicos, el 17% de las personas con discapacidad y el 12% de las personas de Bogotá que viven en la ruralidad dispersa.. Los estudios también concluyen que las localidades con menores porcentajes de población que accede o finaliza la educación superior son: Sumapaz, Usme, Ciudad Bolívar, Bosa y San Cristóbal, todas en la periferia y sin presencia de Instituciones de Educación Superior (IES).

A pesar de que las mujeres se matriculan más que los hombres en programas de educación superior, su participación sigue siendo menor en áreas como ingeniería, arquitectura, urbanismo, matemáticas y ciencias naturales. En muchas ocasiones, además, ellas se enfrentan a la carga adicional de asumir el equivalente a 2 o 3 jornadas de trabajo combinando estudios, trabajo remunerado

y labores de cuidado no remunerado, lo que les reduce significativamente el tiempo disponible para dedicar a su formación.

Las condiciones socioeconómicas de las familias también son determinantes a la hora de acceder a la educación superior. Mientras que más del 80% de los estudiantes de estratos 5 y 6 que logran ingresar a este segmento eligen la formación universitaria, únicamente el 55% de los estudiantes de estratos 1 y 2 lo hacen. El 45% restante ingresa a educación técnica y tecnológica.

Cuando finaliza la educación media, la población joven se enfrenta al dilema de avanzar en sus estudios superiores o entrar al mercado laboral. Para los más vulnerables, la presión de generar ingresos los obliga a buscar empleo inmediatamente. Muchas veces esta elección los conduce a trabajos precarios en el sector informal o incluso a quedarse desvinculados tanto del ámbito laboral como del educativo. En 2019, 1 de cada 5 jóvenes se encontraba desempleado, mientras que 1 de cada 3 trabajaba en el sector informal y 381.141 personas de esta población no estudiaban ni trabajaban. En 2021, esta situación no había variado mucho, había una leve reducción del desempleo juvenil, pero la informalidad permanecía en los mismos niveles y la cantidad de jóvenes que no estudiaban ni trabajaban había pasado a ser de 414.915, es decir, casi 33.000 más.

Algunas de las principales razones que se han identificado para explicar las dificultades que presentan las y los jóvenes para acceder a educación superior en Bogotá son:

- Las brechas de calidad en la educación media, las cuales se reflejan en los bajos resultados en las pruebas Saber 11. En Bogotá, para 2019, de 500 puntos posibles, las y los jóvenes solo alcanzaron 268 en promedio, siendo las mujeres y estudiantes de colegios oficiales quienes presentaron los resultados más bajos, con 264 y 255 puntos respectivamente.
- Escasez de estrategias robustas para la orientación socio-ocupacional que resuelvan la falta de claridad sobre proyecto de vida, gustos, ambiciones y capacidades.

- Exclusión de ciertos estudiantes en función de sus resultados académicos. Gran parte de los programas que financian educación superior tanto a nivel nacional como distrital basan sus criterios de acceso en el desempeño académico sobresaliente en la educación media.
- Concentración de la oferta académica en cuatro localidades de Bogotá (Usaquén, Chapinero, La Candelaria y Santa Fe) que se encuentran alejadas de las zonas con mayor densidad poblacional. Esto genera barreras en la permanencia en los centros educativos.
- Alternativas insuficientes de financiación para cubrir los costos de la matrícula y de sostenimiento relacionados con los estudios. Estrategias como créditos educativos con la banca comercial o el Icetex; recursos propios o de las familias y becas son de difícil acceso para la población más vulnerable y que espera ingresar a la educación superior.

A todas estas razones se suma el hecho de que muchos de los y las jóvenes que logran el acceso a la educación superior deben enfrentarse a retos casi heroicos debido a factores académicos, personales, sociales y económicos, lo que deriva en tasas de deserción alarmantes que en el 2019 fueron de 20,6% para formación técnica profesional; 12,7% para tecnológica y 9,2% para profesional universitario.

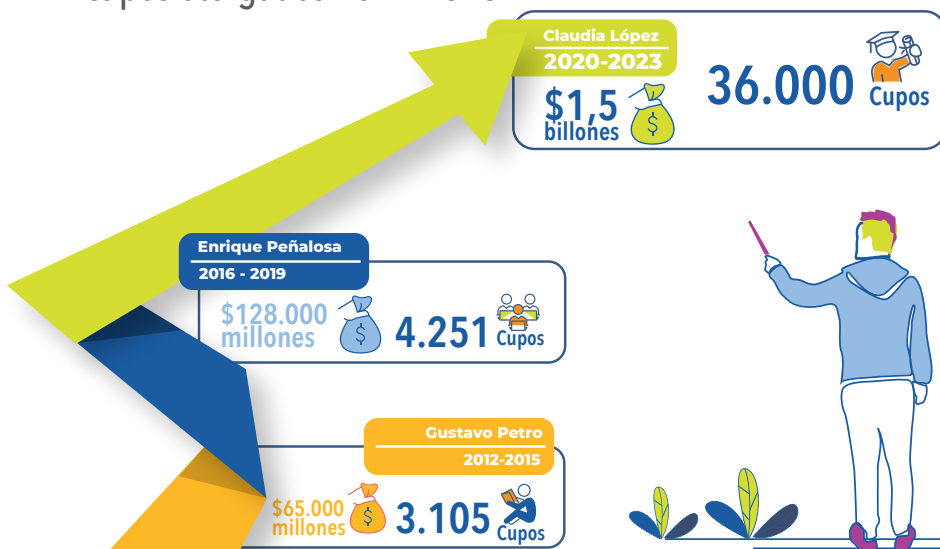
Este preocupante diagnóstico hizo que la SED entendiera que la educación no solo transforma vidas individuales, sino también a toda la sociedad. Por eso, el trabajo arduo en la búsqueda de la creación de una nueva gobernanza que respalde inversiones de ciudad y de un proyecto que brinde a la población joven las oportunidades negadas. El desafío ha sido doble: acortar las brechas que enfrenta la juventud más vulnerable para la elección de sus trayectorias educativas y alinear la formación del talento humano con las necesidades de la ciudad en términos sociales, ambientales, productivos y culturales.

Bogotá, entonces, se ha enfocado en enfrentar las luchas del siglo XXI promoviendo la inclusión, la equidad y la diversidad, convirtiendo la educación

en el motor del desarrollo local, impulsando la innovación, la productividad y el bienestar de sus habitantes.

Es justo recordar que las administraciones anteriores ya habían realizado algunas acciones frente a la mejora de la educación superior. Durante la alcaldía de Gustavo Petro se contó con un presupuesto de 65.000 millones de pesos y se otorgaron un poco más de 3.000 becas para acceder a educación superior en el periodo comprendido entre 2012 y 2015. Bajo la administración de Enrique Peñalosa el presupuesto ascendió a 128.000 millones de pesos, alcanzando alrededor de 4.200 beneficiarios/as. No obstante, con Claudia López se multiplicó casi por nueve veces la cobertura, llegando a la asombrosa cifra de 36.000 cupos en educación superior.

Inversión en educación superior y cupos otorgados 2012-2023



Fuente: SED-Atenea/ *No tiene en cuenta los cupos asignados al SENA.



Señales de amor

Por Tatiana Ortiz

Las mejillas rosadas se le tornan de un color más intenso. El ritmo cardíaco se le acelera. Las manos le empiezan a sudar. Cada vez da pasos más rápidos. Jadea levemente de cansancio. No está corriendo una maratón, pero parece una atleta mientras recorre las calles empinadas y rocosas del barrio Los Tres Reyes, en la localidad de Ciudad Bolívar. La mayoría de las casas de Tres Reyes parecen diseñadas por el mismo arquitecto o maestro de obra: en bloque de ladrillo, con techos de teja y azoteas sin terminar, de uno o, máximo, dos pisos.

Para Lorena Chacón Díaz, llegar a casa es el momento más esperado del día. Después de cinco buses y cuatro horas en transporte público, mete la llave; gira una, dos, tres veces; abre la puerta. El chillido metálico de la cerradura les anuncia al pequeño Samuel, de 4 años, a Valentina, de 15, y a Alejandro, su esposo, que Lorena ha regresado de estudiar. Los abraza y los besa. El televisor retumba a un volumen altísimo, apenas se pueden oír entre ellos. Lorena está impaciente. Cruza la sala —que no es más que una especie de corredor con un pequeño sofá—, pasa por la cocina y llega a un pequeño cuarto. Un silencio invade el lugar. Y ahí está él. No ha notado su presencia. Hasta que ve, con el rabito del ojo, la silueta de Lorena posarse en la puerta. Gira la cabeza y confirma que es ella. Se miran. Sonríen. Él deja el resto del mundo de lado por verla a ella. Corre a abrazarla, como si no se hubieran visto en años.

Hoy se cumplen dos años desde que Lorena Chacón Díaz cumplió el sueño de comunicarse por primera vez con su hermano Jaime Garzón, después de 22 años de silencio. Un silencio que, aunque apagó los sonidos del mundo para Jaime, es la fuente de motivación de Lorena para querer darle voz a su hermano y convertirse en la intérprete de su vida. Jaime sufrió de una meningitis que lo dejó sordo profundo a los seis meses de vida.

Cuando le preguntan a Jaime lo que siente por Lorena, él levanta la mano derecha, cierra los dedos meñique, anular y corazón, y posa el pulgar





sobre la punta del índice, formando un pequeño corazón entre los dos dedos. Ella, conmovida por el gesto, explica que esa es la seña de la palabra amor.

“El día que confirmé que mi mayor anhelo era lograr entender cada situación y cada etapa en la vida de mi hermano, ese día es lamentablemente el más triste para Jaime, y uno de los más angustiantes para mí”, relata Lorena, mientras arruga la boca en señal de tristeza y desliza la mano derecha por su mejilla, con casi todos los dedos empuñados, salvo el pulgar, que apunta hacia atrás.

Fue en diciembre de 2020, en vísperas de Año Nuevo, cuando recibió una videollamada de su hermano, quien vivía en el Tolima. Lo saludó con una sonrisa, pero él no paraba de llorar. Se le notaba el miedo. Movía las manos en señal de angustia. Trataba de pedir ayuda, pero para ese entonces Lorena poco lo entendía. Jaime intentaba gritar, pero no tenía voz. La angustia la carcomía a ella también. Hasta que se las arregló para hacerse entender y le pidió a su hermano que le mostrara con la cámara del celular lo que estaba ocurriendo. Él giró el aparato. Y ahí estaba, tendido en la cama sin signos vitales, su mejor amigo, su cómplice, su maestro de vida: su padre. Jaime, entonces de 19 años, no sabía qué hacer.

“Ese día fue terrible —cuenta Lorena—. Buscamos los modos para pedir ayuda. Y luego vino el entierro, la despedida... Su papá era todo para él. Incluso, era un gran padre conmigo, aunque biológicamente no era mi papá. Gracias a él entendí que el amor es tan poderoso que trasciende cualquier barrera, porque solo él lograba entender a mi hermano y comunicarse sin problemas. Desde ese momento cobró fuerza mi necesidad de conocer la lengua de señas, porque en un momento así es cuando más hay que entender las necesidades de aquellos que no tienen voz”.

Luego de saludar a su hermano, Lorena se encarga del hogar. Se dirige a su habitación. En un rincón, junto a la cabecera de la cama, tiene el computador donde recibe las clases de la universidad. Pregunta a sus hijos y a su esposo cómo estuvo el día. Revisa los cuadernos del pequeño Samuel para saber

qué tareas tiene; prende los fogones para preparar la comida y, de paso, revisa los trabajos que debe entregar en la universidad. Sabe que la noche será larga, tendrá que traspasar. Saca del escritorio un cuaderno argollado, al que llama “diccionario”, donde dibuja las señas que más le ha costado aprender. Camina hasta el cuarto de Jaime, quien también hace las veces de maestro para ayudarlo a Lorena a practicar las señas más difíciles para ella. En el camino, reconstruye el momento en que cumplió el sueño de acceder a la universidad para estudiar Lengua de Señas y, así, comunicarse con su hermano.

Una especie de golpeteo interrumpe el pensamiento de Lorena. Su hija Valentina abre una ventanita que da hacia la calle y que tiene el letrero que reza: “Venta de helados caseros”.

—¡Hola! Me regalas uno de mango biche, por fa.

—Hoy no hice helados. Mañana seguro sí.

Lorena retoma. “Tras la pérdida del papá de Jaime, y como si se tratara de la vida queriéndome decir que no debía rendirme hasta poder comunicarme con él, comencé a buscar guías y videos para entender el idioma de mi hermano —recuerda—. Un día, me apareció en YouTube un anuncio del programa ‘Jóvenes a la U’, de la alcaldía, donde decían que personas como yo, de escasos recursos, teníamos la oportunidad de acceder a la educación superior. No creía, pero ingresé a la página. Y me apareció la carrera de Intérprete Profesional de la Lengua de Señas, en la Universidad del Bosque. No dudé ni un segundo en inscribirme”.

Por esos días, Jaime también le escribió a Lorena por WhatsApp, desde el Tolima, para preguntarle si podía mudarse a Bogotá para vivir con ella. La pérdida de su padre lo había dejado solo con su madrastra, quien no dominaba del todo la lengua de señas, por lo que prefería sentir el calor de una familia.

“Cuando él llegó, yo me sentía profundamente feliz —comenta Lorena—. Me invadía la dicha de tenerlo de nuevo cerca, pero el silencio hacía hasta eco en mi casa. No teníamos cómo comunicarnos con él. Sabía que estaba triste





por la situación, pero no tenía las señas indicadas para darle aliento. Cuando algo era urgente, lo escribíamos, pero seguía siendo un diálogo muy limitado. Tenía que salir beneficiada con el programa ‘Jóvenes a la U’, pero mi primer intento por lograrlo fracasó. Jaime también se frustró por la falta de comunicación y regresó al Tolima”.

Fueron necesarios dos intentos. Y no solo en la postulación de Lorena a ‘Jóvenes a la U’, sino también en que Jaime se adaptara a su nuevo hogar. Lorena se inscribió por segunda vez al programa en el 2021. Jaime regresó a Bogotá, esta vez de forma definitiva. Lorena y su esposo lo acogieron, le compraron ropa y lo inscribieron en 8.º grado del colegio Manuela Beltrán.

Jaime tenía 20 años, lo que le dificultó el acceso a la educación. Por su edad, fue aceptado en el colegio, pero en jornada nocturna. Y logró adaptarse. Al poco tiempo, Lorena recibió lo que se conoce popularmente como “la llamada ganadora”. “Señorita Lorena, usted ha salido beneficiada en el programa ‘Jóvenes a la U’”.

Ya va en quinto semestre. Ya sostiene conversaciones en lengua de señas. Le interpreta a su hermano las citas médicas y los mensajes de cumpleaños, por ejemplo. Les ha enseñado a su esposo y a sus hijos algunas señas. Y se han relatado lo que en los últimos 22 años de silencio se han perdido: cuando fueron separados, después de que su madre se fuera a vivir con el papá de Jaime; cómo quedó sordo; el día más triste de él, cuando perdió a su padre; el día más feliz de ella, cuando supo que podría estudiar en una universidad; las Navidades en el Tolima; el reencuentro de Lorena con aquel compañero del colegio, su esposo, con el que ya lleva 15 años de relación; la primera borrachera de Jaime; la muerte de su madre.

“Cuando le dio esa meningitis terrible, tuvo una fiebre muy alta —recuerda Lorena—. Era un bebé. Mi mamá escuchó su último llanto en el hospital antes de que quedara sordo profundo. Somos tres hermanos, todos de la misma madre, pero de padres diferentes. Mi mamá se fue con el papá de Jaime.

Ahí perdí el contacto con él. Yo me quedé con mi abuela, que fue como mi mamá. Cuando cumplí 12 años, mi madre ya estaba enfermando. Se quejaba de dolores fuertes de cabeza. Nos dijeron que se le había metido una bacteria que le carcomía la vida. Un derrame cerebral se la llevó, sin poder decirle adiós a Jaime, que tenía 5 añitos. Escasamente lograron contarle que su mamá se había ido al cielo. Hasta ahora pude explicarle todo lo que ocurrió”.

Lorena llega al cuarto de Jaime a pedirle ayuda con algunas señas y percibe un ambiente fiestero. Es inevitable no sonreír y contagiarse de su alegría. No es necesaria la música, porque su hermano lleva el ritmo en la cabeza. Él se tira los pasos “prohibidos” —como le dicen coloquialmente—: un paso adelante, un paso atrás, media vuelta, meneíto de cintura. Toma a Lorena de los brazos y comienzan a bailar lo que parece una salsa. Cuando el sandungueo termina, se sientan en el borde de la cama y comienzan a dialogar con señas. Es un momento casi íntimo. Están en su mundo. Si ella es la voz y los oídos de su hermano, él es su maestro, su compañero; la razón de querer convertirse en la mejor intérprete.

Un aroma intenso a café invade la casa. Lorena regresa a la cocina. Se dedica cinco minutos a disfrutar de una taza de tinto, sentada junto a sus dos hijos. Entre cada sorbo, reafirma lo que dice aquel viejo proverbio: que ser hermano no tiene que ver con la carne, ni mucho menos con la sangre, pues solo basta con tener un corazón dispuesto. Y Lorena ha dispuesto el corazón para ser quien cuide, guíe, acompañe y le dé sentido a cada palabra de su hermano en este mundo exterior.







La gran apuesta

El Plan Distrital de Desarrollo 2020-2024 estableció inicialmente la meta histórica de ofrecer acceso a educación superior sin créditos ni endeudamientos a 20.000 jóvenes. No obstante, creyendo en la educación como motor de cambio y gracias al apoyo del Concejo de Bogotá se asignaron más recursos a esta iniciativa y se aumentó la meta a 36.000. Además, la capital se convirtió en la primera ciudad de América Latina en financiar programas sociales a través de bonos de deuda pública destinados a impulsar el acceso y la permanencia en la educación superior.

Poner a la juventud en el centro de la apuesta distrital para estos cuatro años ha implicado esfuerzos en múltiples frentes, en los que se ha avanzado de manera simultánea. Por ejemplo, en la creación de un nuevo modelo educativo basado en un pacto social entre jóvenes, familias, instituciones educativas, empresas y entidades distritales. También en la implementación de mecanismos de participación y selección más incluyentes, en los que las condiciones de vulnerabilidad de las y los aspirantes tienen una mayor importancia que sus resultados académicos. Igualmente, en una oferta consecuente con las necesidades de la ciudad y las apuestas en áreas estratégicas como STEM (Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas, por sus siglas en inglés), economía verde, salud y bienestar, turismo y economía creativa y cultural en función de la consolidación de un Sistema de Educación Posmedia.

La apuesta de la Alcaldía Mayor también ha posibilitado la creación de la Agencia Distrital para la Educación Superior, la Ciencia y la Tecnología (Atenea), encargada de promover estrategias que articulen la educación media y la posmedia, fomentar las trayectorias educativas y formativas e impulsar el acceso y la permanencia en la educación superior en alianza con las Instituciones en Educación Superior, las localidades, otras entidades del Distrito y el sector privado. Esta entidad tiene también a su cargo la coordinación de proyectos de base científica y tecnológica que aborden retos y problemáticas de la ciudad, así como el apoyo a acciones que propendan por la apropiación social del conocimiento relacionado con Ciencia, Tecnología e Innovación.

Bogotá se ha enfocado en forjar una generación de miles de jóvenes empoderados, competentes y preparados para enfrentar los desafíos del mundo actual, en donde la educación se convierte en el camino hacia un futuro prometedor que los llena de esperanza, pues pueden construir trayectorias de vida exitosas. Con pasión y compromiso, la ciudad sigue tejiendo su historia de progreso y equidad.

Para fortalecer la educación media se han implementado diferentes estrategias lideradas por la Secretaría de Educación del Distrito y Atenea con los siguientes resultados:

La estrategia de orientación socio-ocupacional ‘Yo puedo ser’ benefició a más de 100.000 estudiantes de educación media, 3.382 directivos docentes, docentes y orientadores y 12.087 familias de 330 colegios oficiales del Distrito, promoviendo la toma de decisiones para el tránsito a la educación posmedia y al mundo laboral.

Se diseñaron, socializaron y pusieron en marcha cinco catálogos de orientación socio-ocupacional ‘Mi brújula hacia el futuro’, en los siguientes sectores: salud y bienestar; construcción e infraestructura; energía y electricidad; industrias creativas y artes escénicas, y digital. Se trata de una herramienta de acceso gratuito para todas aquellas personas que no tienen claro qué quieren estudiar o a qué

ocupación quieren dedicarse. Allí se encuentra información para el autoconocimiento que permite identificar intereses, sueños y habilidades, lo mismo que la descripción de perfiles profesionales con alta demanda en los cuales podrían desempeñarse, oferta de formación profesional, educación para el trabajo y desarrollo humano y formación alternativa, así como las principales ventajas y aportes a la sociedad.

Con la estrategia de ‘Inmersión a la vida universitaria’, 32.000 jóvenes tuvieron la posibilidad de cursar asignaturas básicas —contribuyendo al cierre de brechas— en 10 de las mejores universidades del país, involucrando a estudiantes de 220 instituciones educativas distritales.

Se amplió la cobertura del programa de ‘Doble titulación’, con el SENA, que benefició a 68.040 estudiantes de 197 instituciones educativas distritales que tuvieron la posibilidad de graduarse con su doble título en Técnico Laboral, en programas que demanda el sector productivo en la ciudad.

Para promover la diversificación de la oferta articulada con el SENA, se realizó una inversión histórica de 40.000 millones de pesos para el fortalecimiento de ambientes de aprendizaje en 174 instituciones educativas distritales.

El programa ‘La U en tu colegio’, que se estructuró desde la SED y se ha venido implementando desde Atenea, busca que estudiantes de colegios de Bogotá puedan obtener su grado de bachilleres junto con un diploma como técnicos profesionales. Hasta el momento se han ofrecido 16 programas en áreas relacionadas con Ingeniería, Tecnologías de la Información y Administración a más de 2.000 estudiantes de 24 colegios oficiales del Distrito.

Más cerca de la universidad: los programas que han marcado la diferencia

'RETO A LA U'

Sebastián Saavedra tiene 20 años y algo le decía que jamás pisaría una universidad. “Eso parecía una quimera”, cuenta. Tenía motivos para creerlo, pues cursó estudios en un colegio público, sorteando barreras para el acceso a la educación y en medio de un ambiente familiar repleto de desarraigo y escasez, convencido de que las oportunidades son esquivas para gente como él. “Pero en el fondo yo estaba empeñado en estudiar pasara lo que pasara. Sabía que me tocaba ponerme a trabajar como fuera para conseguir los recursos”, relata. Algo empezó a cambiar cuando supo que la Alcaldía de Bogotá estaba impulsando programas de apoyo a jóvenes que querían —y no podían— acercarse a la educación superior. Intentó en varias convocatorias, hasta que salió favorecido en ‘Reto a la U’, que ofrece cupos en asignaturas, diplomados, programas de extensión y educación continuada medidas en créditos académicos para jóvenes bachilleres que no han tenido la oportunidad de acceder a la educación superior o encontrar empleo.

Sebastián consiguió cursar las materias de Matemáticas Básicas e Introducción a la Física para la Ingeniería en la Universidad Nacional en el primer semestre

de 2022. “Al principio fue interesante y extraño. Como un sueño, porque ya casi me había hecho a la idea de que era imposible entrar a la Universidad. Las primeras clases me ilusionaron mucho, me reté y fue toda una apuesta”, cuenta.

‘Reto a la U’ nació como parte del Programa de Reactivación Económica para mitigar los efectos de la pandemia. Esta iniciativa permite formarse y fortalecer habilidades con la posibilidad añadida de homologar los cursos en estudios posteriores de educación superior. La respuesta ha sido abrumadora, ya que entre 2020 y 2022 se beneficiaron más de 20.300 jóvenes.

La SED también ha seguido ejecutando estrategias como el Fondo Distrital para la Financiación de Educación Superior para Todos (FEST), con un total de 1.286 personas beneficiadas a septiembre del 2023, y el Fondo de Reparación para el Acceso, Permanencia y Graduación en Educación Superior para la Población Víctima (Fondo Víctimas) con 176. Estos planes ya existían previamente y no solo se mantuvieron en curso, sino que abrieron nuevas convocatorias durante la administración de Claudia López.

Sebastián terminó sus asignaturas de ‘Reto a la U’ y después optó a una beca en otro programa de la Alcaldía de Bogotá. Gracias a ello, hoy estudia Derecho en la Universidad de los Andes. “Esto es muy loco. A veces siento que no está pasando. Más que agradecido, estoy seguro de que se trata de un desafío que me permitirá prepararme para luego contribuir a la sociedad”, concluye.

‘JÓVENES A LA U’

“Siempre quise estudiar, ayudar a mis padres, salir adelante. Cuando recibí esa noticia lloré, no lo podía creer”. Yuleidys Patricia Mendoza es beneficiaria de ‘Jóvenes a la U’, un programa que nació en 2021 y brinda alternativas de acceso y permanencia en la educación superior bajo un esquema de gratuidad que promueve una retribución social a través de la realización de pasantías sociales.







Yuleidys llegó a Bogotá hace años en busca de oportunidades, pero solo consiguió un empleo que a duras penas le servía para ayudar a su padre enfermo y tuvo que aplazar su sueño de estudiar Ingeniería Industrial. ‘Jóvenes a la U’ cambió su historia.

Este programa otorga a los estudiantes un apoyo económico de un salario mínimo mensual legal vigente por semestre cursado, lo que permite minimizar el riesgo de deserción por factores económicos. Además, ha establecido una estrategia de acompañamiento que busca informar, orientar y brindar herramientas que contribuyan a la culminación de los estudios.

Este programa también reconoce que existen ciertas poblaciones que históricamente han enfrentado mayores obstáculos para acceder a la educación superior. Por ello, dentro de los mecanismos de selección de las y los beneficiarios se incluyen puntajes adicionales para mujeres, personas con pertenencia étnica, personas con discapacidad, personas transgénero, personas en condición de pobreza, víctimas del conflicto armado, egresados de colegios oficiales, entre otras poblaciones.

John Quiñones, residente en el barrio Diana Turbay, en la localidad Rafael Uribe Uribe llegó a Bogotá con su familia en 2007, huyendo de la violencia en

“Esto es muy loco. A veces siento que no está pasando. Más que agradecido, estoy seguro de que se trata de un desafío que me permitirá prepararme para luego contribuir a la sociedad”.

Sebastián Saavedra
Beneficiario de ‘Reto a la U’
y ‘Jóvenes a la U’

Tumaco, en el departamento de Nariño. Aquí tuvo que trabajar como portero para terminar sus estudios. En 2016 aplicó para un curso en el SENA, pero por falta de recursos decidió volver a trabajar. Un día vio en la televisión el anuncio de 'Jóvenes a la U'. Lo intentó con cierto desgano. "Otro cuento más", pensó. Hoy estudia Tecnología en Realización Audiovisual en la Universidad Minuto de Dios. "A ver si me cambia la vida. Esta ha sido una gran oportunidad de ser profesional y de tener una proyección", dice.

Hasta ahora 'Jóvenes a la U' y las otras estrategias de acceso a educación superior han logrado ofrecer becas para beneficiar a más de 40.000 jóvenes, matriculados en más de 900 programas seleccionados con base en las necesidades del mercado laboral y de la ciudad, ofrecidos por 51 IES, de las cuales ocho son oficiales. De igual manera se consideran puntajes adicionales para aspirantes que participan en programas y estrategias del Distrito destinados a

"Siempre quise estudiar, ayudar a mis padres, salir adelante. Cuando recibí esa noticia lloré, no lo podía creer".

Yuleidys Patricia Mendoza
Beneficiaria de 'Jóvenes a la U'

"A ver si me cambia la vida. Esta ha sido una gran oportunidad de ser profesional y de tener una proyección".

John Quiñones
Beneficiario de 'Jóvenes a la U'





población joven como ‘Parceros por Bogotá’, de la Secretaría de Integración Social, ‘Inmersión en la media’ y ‘Reto a la U’, de la SED, y deportistas destacados del Instituto Distrital para la Recreación y el Deporte.

De la quinta convocatoria, 390 programas elegidos fueron en STEM, 113 en economía cultural y creativa y 74 en salud y bienestar. El alcance de ‘Jóvenes a la U’ no hubiese sido posible sin el compromiso que las entidades aliadas han tenido para su desarrollo, tanto de las IES como de las localidades que también han aportado recursos.

Los resultados muestran los grandes avances que se han dado con ‘Jóvenes a la U’ en términos de acceso a educación superior. La ciudad le está abriendo las puertas a la movilidad social de las y los jóvenes con mayores dificultades para acceder a educación superior.

‘**TODOS** A LA U’

Fortalecer las competencias laborales de las y los bogotanos. Con este espíritu nació ‘Todos a la U’, una iniciativa que se enfoca en brindar formación en habilidades del siglo XXI con énfasis en sectores productivos estratégicos para la capital, encaminada hacia el enganche al mercado laboral y en reducir la brecha de talento humano por medio de ciclos cortos de aprendizaje. La iniciativa está dirigida a bachilleres residentes en Bogotá de 18 años en adelante.

Este programa se cimenta en tres componentes: habilidades técnicas (en varios sectores), habilidades socioemocionales y el fortalecimiento del inglés como segunda lengua, todo bajo el marco conceptual del multilingüismo, un nuevo paradigma que surge como respuesta a la necesidad de formar ciudadanos globales.

Los sectores priorizados se han seleccionado a través de un análisis de brechas en el mercado laboral. Estos son: tecnologías de la información y las comunicaciones, salud, construcción, BPO (*outsourcing* de procesos de negocio),

gastronomía y turismo. El programa beneficia a 35 mil personas, de las cuáles el 57% son mujeres, el 61% son jóvenes entre 18 y 28 años y el 39% tienen 29 años o más.

Lina Berónica Aguilera Novoa es madre de dos chicas de 19 y 17 años. Ella es una de las beneficiarias del programa ‘Todos a la U’. Actualmente es estudiante de Diseño de Interfaces e Inglés en la Universidad Nacional. Una parte de los estudios es presencial y la otra, virtual. Lina tiene 39 años y vive en Bosa. No solo estudia, sino que trabaja como asistente en casas de familia, así que sus jornadas suelen ser agotadoras. “Ahora que mis hijas están más grandes me doy la oportunidad de estudiar para tratar de cambiar un poco mi vida y la de ellas. Voy a clases con mucho esfuerzo, pero con toda la actitud y hasta donde Dios me lo permita. He aprendido mucho y ha cambiado mi forma de pensar. Cada día quiero más conocimiento”, relata.

“Ahora que mis hijas están más grandes me doy la oportunidad de estudiar para tratar de cambiar un poco mi vida y la de ellas. Voy a clases con mucho esfuerzo, pero con toda la actitud y hasta donde Dios me lo permita.

Lina Berónica Aguilera Novoa
Beneficiaria de ‘Todos a la U’

Logros del sector de la educación posmedia

P A N D E M I A



Lanzamiento
'Todos a la U'
Convocatorias
1 y 2



Convocatoria 4
'Todos a la U'
+35.000 jóvenes



Convocatoria 5 y 6
'Jóvenes a la U' y
'La U en Tu Colegio'
+40.000 jóvenes



Convocatoria 3
'Todos a la U'

2023

'Reto a la U'
Convocatoria 3
+ de 20.300
jóvenes



Convocatoria 4
'Jóvenes a la U'



2022



Convocatoria
2 y 3
'Jóvenes a la U'



Kevin Alfonso Cárdenas: estudiando la vida loca

Por Diego Guerrero

Hay gente que coge la vida por los cuernos y las oportunidades al vuelo, que va caminando casi con la claridad de un iluminado y que parece no necesitar mucho para ir al encuentro de sus sueños. Es como si, más que fe, tuviera una certeza y afronta los retos, que a otros amilanarían, con una naturalidad casi perturbadora.

Kevin Alfonso Cárdenas, de 22 años, parece uno de esos seres que no conocen la palabra duda. Delgado y tranquilo, metódico y soñador, cree en el estudio como la base de su progreso personal y de su familia. Egresado a los 16 del colegio Juan Luis Londoño La Salle, del Distrito, al año siguiente manejaba máquinas bordadoras para procurarse un ingreso. Después, trabajó diseñando por computador en esa empresa donde antes bordaba. A los 18, prestó servicio militar en la Fuerza Aérea, durante la pandemia. Luego, hizo un curso y se volvió guarda de seguridad —como el papá, Pedro—, pero como no le daba tiempo para estudiar, renunció.

Porque estudiar es lo suyo. Aunque el tema no ha sido fácil, pues sus padres les habían dicho a él y a sus hermanos que solo cumplirían con “darles el bachillerato”; si querían más, sería por cuenta de ellos.

Kevin tuvo que abandonar su primer intento de estudiar. No hay cuerpo que aguante el ritmo de levantarse a la madrugada para salir a trabajar desde su casa paterna —en el barrio La Aurora, en la localidad de Usme, sur de Bogotá— hasta el centro de la ciudad, y luego, cumplida la jornada, irse a estudiar Enfermería. Lo hacía en la fundación San Juan de Dios, en el barrio Restrepo. Llegaba a su casa de noche, casi arrastrándose del cansancio, tras un viaje de 50 minutos.

Pero no se daba por vencido. Alternaba el trabajo con el estudio. Fue entonces cuando encontró una oferta educativa de la Secretaría de Educación del Distrito. “El año pasado, en diciembre más o menos, unos compañeros me dijeron que había unas convocatorias para estudiar —cuenta Kevin—. Empecé





a averiguar, encontré la página de Atenea (Agencia Distrital para la Educación Superior, la Ciencia y la Tecnología) y me enteré de la segunda convocatoria de ‘Todos a la U’. Hice la matrícula y, como en enero, me llamó una muchacha y me dijo que había sido seleccionado”.

No fue el único cambio de esos días. Apenas unos meses antes, había dejado la casa paterna y se había casado con Andrea Marcela Chaverra, con quien esperaba una hija. Alquilaron una casita acogedora en el conjunto residencial Portal de las Sierras, cerca de su antiguo barrio. Se fueron a vivir con ellos su suegra y Karen Nykool, la hermana menor de Kevin, que le había prometido a su mamá, fallecida hace poco, que cuidaría de su hermanita.

“Cuando me enteré de que iba a ser papá, para mí fue bien —dice—. Igualmente, ya habíamos hablado del embarazo antes de que pasara, entonces decidimos casarnos para que, cuando naciera, estuviera dentro de un matrimonio”.

Una pareja que mira hacia el futuro

Andrea es tecnóloga en Análisis y Desarrollo de Sistemas de Información Industrial. Salió del mismo colegio de Kevin —“de allá nos distinguíamos”—, pero ella es menor y tuvo la ventaja de que, mientras estudiaba, la institución educativa hizo un convenio con el SENA.

“Yo salí del colegio con un bachillerato técnico —cuenta Andrea. Desde una cuna, su hija, Emily Sofía, la mira como si fuera todo lo que hay que ver—. Yo fui como la primera promoción, a Kevin no le tocó ese programa técnico, y me dieron la posibilidad de seguir estudiando en el SENA”.

Andrea y Emily Sofía están perfectamente vestidas, pues hoy, domingo, es el bautizo de la niña. En la primera planta de la casa queda la cocina. Al fondo, una sala donde acomodaron una tejedora y una fileteadora —a Andrea le gusta tejer—, además de un escritorio para el computador. De una pared del

comedor cuelga un Sagrado Corazón de Jesús. Arriba, en las dos plantas superiores, quedan las habitaciones.

Andrea admira a su esposo. Se le nota. Reconoce que se enamoró de él, en parte, por lo juicioso. “Tiene muchas ganas de avanzar —reconoce, con admiración—. Uno conocía hombres que no, no, no... ni tienen ganas de vivir. A veces, como que no saben ni qué estudiar, no saben qué hacer, no aprovechan las oportunidades. En cambio, él sí quería estudiar, quiere seguir avanzando. Ahorita escuché que más adelante quiere trabajar desde la casa para poder estar todo el tiempo con nosotros”. Lo dice con la seguridad de quien lo ha visto levantarse a las 4:00 de la mañana para salir a trabajar, volver a las 5:00 de la tarde para estar con ella y con la niña, hacer algo de oficio y sentarse a las 7:00 a estudiar hasta las 10:00.

Así fue la rutina de Kevin durante siete meses, cuando entró al programa ‘Todos a la U’ y empezó un curso para ser desarrollador *backend* intermedio —mejor y más fácil: programador de páginas web—, en la Universidad Distrital. El *backend* es el código que hace posible que exista un sitio web, que pueda ser visto por los usuarios y que se pueda navegar. “Miré la convocatoria y lo primero que decía era que iba a ser virtual —cuenta Kevin—. Todas las clases iban a ser grabadas para que, en caso de que alguien no pudiera asistir, viera la grabación”.

Cuando empezó el curso, ya había entrado a trabajar en Claro; un amigo lo había recomendado, aprovechando que tenía moto. Al comienzo fue auxiliar, iba con el técnico, le cargaba las cosas que necesitara. La mejor parte es que al avisar en el trabajo que estaba estudiando, sus superiores lo apoyaron y le empezaron a organizar las rutas de tal manera que terminara en el sur de la ciudad, cerca de su casa, y temprano: “Entonces ya tenía el resto del día para estudiar y, como era virtual, podía compartir con mi esposa”.

Obvio, también se ayuda: por ejemplo, en su jornada laboral tiene derecho a una hora de almuerzo, pero para agilizar su trabajo no la utiliza toda, sino que almuerza rápido, luego de alguna visita, mientras le asignan otra tarea.





La vida en curso

Al ver el entusiasmo de Kevin por aprender, en Claro lo ascendieron a técnico. “Tuve dos semanas de capacitación y un par de días antes de terminar, nació mi bebé. Me dieron los días de licencia y aproveché para poder terminar el trabajo del curso”.

Y en el estudio, la dedicación también dio frutos: en la entrega final, una página creada para atender servicios de salud, sacó 4,8. El curso tenía dos tutoras que hacían seguimiento a cada estudiante para ver cómo iba avanzando. “Una de ellas me llamaba dos veces por semana y, pues, veía que yo estaba bien”. Tan bien que días después de haber terminado, lo llamaron de la Secretaría de Educación del Distrito. “Un sábado se comunicó conmigo la muchacha y me dijo que como había sido uno de los estudiantes destacados, quería invitarme a un evento”.

Fue un lunes, en el Parque de los Hippies. La empresa le dio permiso de asistir. El acto le daba la bienvenida a la cuarta convocatoria de “Todos a la U”. “Me pusieron al frente de la tarima, como beneficiario de la convocatoria pasada. Di mi testimonio, mi punto de vista”.

Para qué sirve estudiar

Historias como la de Kevin no son comunes en su entorno: según dice, muchos a su edad prefieren posponer lo del estudio y vivir un poco “la vida loca”. Aunque uno a veces piensa que el de la vida loca es él, quien está loco por aprender y estudiar y progresar.

Recostado en una pared de la sala de su casa, reflexiona sobre este recorrido intenso y veloz. “Estudiar me sirvió, porque me dio como ese plus para poder ascender de cargo —cuenta orgulloso—. Ahora tengo un auxiliar asignado

y ya puedo manejar las aplicaciones. Lo próximo es esperar una oportunidad para trabajar en desarrollo web”.

Las cosas habrían podido parar ahí y ya sería una gran historia. Pero Kevin tiene sueños grandes entre ceja y ceja: después de terminar su primer curso, se dio cuenta de que en la plataforma de Atenea habían lanzado otra convocatoria, ‘Jóvenes a la U’, que ofrecía cupos para estudiar una carrera técnica, tecnológica o profesional. ¡Oh, regalo de los *ciberdioses*!

Fiel a su filosofía de aprovechar cada oportunidad, se registró no en uno, sino en cinco de los programas que ofrecía la plataforma. Al fin y al cabo, era lo permitido. “Me apunté en todo lo que tuviera que ver con desarrollo web —recuerda—. El 26 de junio me llamaron y me dijeron que me habían seleccionado para hacer un estudio técnico en Desarrollo Web con la Universidad Minuto de Dios”. Lo más curioso es que lo dice con tranquilidad, como si fuera lo más natural del mundo.

“Me gusta que es virtual —dice—. Son dos años. Supongo que por lo que ya es un programa largo habrá cantidad de trabajos, pero pues uno tratará de sacarle tiempo a todo. Lo importante es poder estar estudiando, tener el trabajo y la familia. Digamos que más adelante uno consigue un trabajo donde esté como más tranquilo, un trabajo remoto, y entonces ahí uno dirá que valió la pena haberse matado estos años”.

Hace unos días, Kevin empezó su primer semestre. Un peldaño más en esa escalera que él ha ido subiendo al lado de su esposa, y por la que, sueñan, también subirá la recién nacida Emily. Si sumamos los años de edad de Kevin y Andrea, no llegan a los 42. Pero la pareja tiene un empuje y un optimismo que casi dan envidia; pareciera que para ellos no existe meta inalcanzable.

“Yo no me imagino sin estudiar. Siento que es algo necesario —concluye el curioso e incansable de Kevin—. Me gustaría que cuando Emily esté más grande, vea que el papá fue juicioso. Yo siento que voy bien”. Y sí: mientras siga cogiendo la vida por los cuernos y las oportunidades al vuelo, va a ir más que bien.

• • •





Los retos

Las transformaciones que ha experimentado el ecosistema educativo de la ciudad se han convertido en un punto de partida para proyectar escenarios y acciones que generen un impacto real sobre las y los bogotanos en el futuro. La clave ha sido articular estrategias de educación media y posmedia a través de una oferta que se acerque más a las expectativas de la juventud. El desafío es seguir garantizando un modelo que favorezca el acceso y la permanencia a una educación posmedia de calidad.

Estas son las prioridades:

- La educación media tiene como reto ofrecer múltiples alternativas de aprendizaje y desarrollo de habilidades en un entorno diverso de intereses, características personales y contextuales de las y los estudiantes.
- Robustecer los procesos de orientación socio-ocupacional desde la media, aportando herramientas para las y los jóvenes que los ayuden en la toma de decisiones informadas a partir del reconocimiento de sus intereses y la oferta educativa de la ciudad, así como de las necesidades y tendencias de desarrollo del sector productivo e información pertinente de lo que está ocurriendo en Bogotá.
- Promover procesos de articulación con diferentes actores para el diseño y desarrollo de procesos inmersivos donde las y los estudiantes puedan explorar sus intereses y aproximarse al desarrollo de habilidades y/o competencias que les permitan transitar a la educación posmedia.

- Generar esquemas de formación dual desde el colegio para la promoción de procesos de doble titulación, certificaciones o microcertificaciones que permitan a las y los estudiantes de manera simultánea finalizar su formación escolar y alcanzar el desarrollo de competencias específicas.
- La Política Pública Distrital de Educación 2022-2038 brinda una línea de trabajo para los próximos 15 años. En el corto y mediano plazo, se deberá fomentar un mayor relacionamiento con los actores de la educación posmedia para seguir promoviendo una oferta consecuente con los nuevos retos de la sociedad y cada vez con mayores estándares de calidad. Lo que se quiere es formar jóvenes críticos, competentes y con mejor futuro.
- Consolidar el Sistema de Educación Posmedia como el eje articulador de las trayectorias educativas y formativas de la ciudadanía a través de la interacción constante con el sector productivo, las IES y las y los estudiantes y actores públicos.
- Diversificar las fuentes de financiamiento para asegurar un acceso a la educación posmedia sin endeudamientos. Esto implica una inversión pública sostenible a largo plazo que considere diferentes estrategias según el grado de vulnerabilidad de las poblaciones. El objetivo es ampliar la cobertura y garantizar el acceso y la permanencia en la educación superior para el mayor número de personas posible, sin disminuir la cobertura alcanzada por la actual administración.
- Promover el conocimiento e interés de las y los jóvenes en programas técnicos profesionales y tecnólogos como opciones de formación de calidad, con salidas laborales importantes y valoradas por las empresas y organizaciones, así como ampliar las oportunidades de formación hacia la población adulta y aquellos que se encuentran fuera de Bogotá esperando oportunidades.

- Fomentar la agenda de permanencia debe ser protagonista en las acciones de política, en tanto las trayectorias educativas incompletas requerían esfuerzos importantes del Distrito sin un beneficio final para las y los estudiantes y sus familias.
- Identificar zonas con déficit de infraestructura educativa y equipamientos para acercar la oferta educativa y formativa a la población a través de multicampus o ciudadelas universitarias, con una articulación de actores en el marco del Sistema de Educación Posmedia.

Así, con sueños renovados y metas ambiciosas, Bogotá se convierte en un territorio de talento humano bien formado y competitivo, listo para hacer frente a cualquier desafío que el futuro le presentará, estimulando la inclusión, el acceso y la permanencia a través de estrategias diferenciadas. Esta ruta se alza como un faro que guiará las políticas futuras, pues solo con trayectorias completas se logrará un verdadero impacto para quienes buscan mejorar su calidad de vida.



Las cifras de los programas de la Alcaldía para los y las jóvenes

Algunos de los programas y estrategias con los que se busca garantizar el acceso de los y las jóvenes a la educación posmedia.



¿De qué se trata?

JÓVENES A LA U

Nace en
2021

Es un programa que brinda alternativas de acceso y permanencia en la educación superior bajo un esquema de gratuidad y retribución social a través de pasantías sociales.

De las y los beneficiarios:

8 de cada 10 son la primera generación de sus familias en acceder a educación superior



6 de cada 10 son mujeres



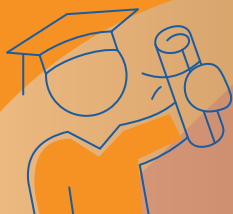
8 de cada 10 son graduados de colegios oficiales de la ciudad



1 de cada 3 están cursando programas técnicos profesionales y tecnológicos



Beneficiarios:



más de 38.000

jóvenes matriculados
en más de

900 programas

¿De qué se trata?

RetoU^{3.0}

Nace en
2020

Es parte del Programa de Reactivación Económica para mitigar los efectos de la pandemia. Ofrece cursos en asignaturas, diplomados, programas de extensión y educación continuada medidos en créditos académicos para jóvenes bachilleres que no habían accedido a la educación superior.



Beneficiarios:

+ de **20.300**

jóvenes entre

2020

y

2022



¿De qué se trata?



Nace en
2022

Brinda formación en habilidades del siglo XXI con énfasis en sectores productivos estratégicos para Bogotá. Se enfoca en el enganche al mercado laboral



Beneficiarios:

35.000

personas
mayores
de 18 años



El 57% son mujeres, el 61% son jóvenes entre 18 y 28 años y el 39% tienen 29 años o más

Otros programas y estrategias:

**YO
PUEDO
SER**

Estrategia de orientación socio-ocupacional que promueve la toma de decisiones para el tránsito a la educación posmedia y al mundo laboral

Beneficiarios:
más de **100.000**
estudiantes de
educación media



3.382
directivos docentes,
docentes y orientadores

12.087
familias de
330 colegios
oficiales del Distrito



Busca que estudiantes de colegios de Bogotá puedan obtener su grado de bachilleres junto con un diploma como técnicos profesionales

Beneficiarios:
más de **2.000**
estudiantes de
24 colegios oficiales



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN





Llueva o truene, Yampier va a estudiar

Por Simón Granja

Es domingo. Un bochorno intenso, de esos que pronostican aguacero, invade San Cristóbal Sur. A medida que vamos saliendo de la localidad, la lluvia se acerca y pienso: “Ojalá no llueva mucho, porque... ¿qué pasará con Yampier si llueve?”.

Acabamos de dejar atrás un puñado de calles serpenteantes y estrechas que surcan los Cerros Orientales de Bogotá, hasta llegar al barrio La Victoria. Fueron esas mismas calles las que recorrí hace unas horas para llegar a la casa de Yampier Sánchez y por donde más tarde, seguramente, descenderán ríos de agua lluvia. Afortunadamente, la cuadra en la que reside la familia Sánchez está asfaltada, así no se formará un lodazal. La mayoría de las fachadas de las casas en el barrio están pintadas; la de Yampier, de café oscuro. Timbro. Sale Yampier con una sonrisa. Es un joven de un metro con 79 centímetros, ancho y fornido, con gafas y pelo negro ondulado y abundante.

—Bienvenidos. Acá es donde recibimos a la visita. No es nuestro, pero la tía nos lo presta.

En la sala, las paredes parecen comprimirse, pero cabe un sofá, un comedor con seis sillas y dos peceras. Hay una babilla disecada, fotos familiares, algunos instrumentos musicales y diplomas.

Yampier se sienta.

—Esta semana cumpla 21 años. Soy piscis.

Actualmente, Yampier cursa quinto semestre de Producción de Medios Audiovisuales en la Universidad Uninpahu; es uno de los beneficiarios del programa ‘Jóvenes a la U’, iniciativa insignia de la de la Alcaldía Mayor de Bogotá, que busca promover la equidad en el acceso a la educación superior.

Gracias a la beca, Yampier recibe un salario mínimo semestral, con el que paga las fotocopias e impresiones y los pasajes para ir a estudiar, y hasta ayuda con algo en la casa. Pero como en este país se cobra hasta por lo que no se ha gastado, el dinero no alcanza.





De repente, llegan la mamá de Yampier y su compañero. Ella se llama Laura María Pérez, tiene 57 años; él, José Edilberto Gallego, tiene 52.

—¡Uy, sí! Nos tocó pedir prestado aquí y allá para que pudiera hacer ese trabajo. ¿Usted cree que tenemos esa plata?

Yampier y su hermana Daniela, también becada por ‘Jóvenes a la U’, son la primera generación de su familia en acceder a la educación superior. Y lo mismo pasa con la mayoría de los beneficiarios del programa; 8 de cada 10, según la Secretaría de Educación del Distrito.

—Yo siempre les he fomentado el amor por la educación y afortunadamente son muy inteligentes y estudiosos. Quedaron becados, de lo contrario no sé qué habría hecho. En esta casa hacemos todo para que puedan ir a la universidad.

Cae un trueno.

Yampier se postuló a la beca gracias a su hermana, la que le sigue, Daniela, de 23 años, quien le pasó la información al respecto. Revisaron juntos y llegaron a una conclusión: que la carrera en la que tenía más posibilidades de ser beneficiado era en Producción de Medios Audiovisuales.

—Yo siempre les he dicho a mis hijos que la peor diligencia es la que no se hace, los motivé a que lo intentaran.

—Quedé seleccionado y fue una gran alegría para todos.

—Nos ha dado la esperanza de que ellos pueden tener una vida mejor que la que uno ha tenido.

Así como Daniela motivó a Yampier a inscribirse en el programa, él también lo ha hecho con sus compañeros de colegio: los pocos compañeros con que se podía —cuenta—, porque varios terminaron en la cárcel, en la calle o en pandillas.

—En el colegio me ofrecieron cuanta droga hay: tusi, popper, marihuana, perico... pero siempre me dio miedo. Mi combo era el de los sanos. Sembramos unos cuarenta árboles al lado del colegio, creamos la huerta y con esos productos hicimos un asado. Yo le traje ese día carne a mi mamá.

A Yampier no solo le ofrecieron drogas, sino que también fue una víctima recurrente de matoneo.

—Yo era el muchacho gordito, con gafas, ñoño, al que todos se la montaban. Hasta que de un día para el otro crecí y quedé así, grande y fornido. Entonces les empecé a devolver. Dejaron de molestarme.

Vuelve a tronar.

—¿Qué piensa sobre su futuro? —le pregunto.

—En Colombia no hay futuro. Somos pocos los que nos podemos graduar de una universidad, y aun así es difícil encontrar trabajo porque las empresas le piden a uno tener experiencia, y como uno no la tiene, pues le cierran las puertas.

—Usted tiene esperanza, pero también es pesimista...

—La verdad, me siento satisfecho con lo que he logrado, porque a mis 20 años ya tengo tres títulos: soy tecnólogo en Producción Audiovisual del SENA, tengo estudios en Percepción y Representación Gráfica en la Universidad de la Salle y, ahora, estudio Producción en Medios Audiovisuales en Uninpahu. A mis 21, me graduaré de una carrera y eso me hace sentir que puedo aprender más cosas en el futuro.

—Si no hubiera logrado la beca, ¿qué estaría haciendo en este momento?

—Probablemente estaría trabajando y ahorrando para tratar de entrar algún día a una universidad.

Al ver a Laura ahí sentada, mirando esperanzada a su hijo, es difícil imaginar cuando llegó a Bogotá con tres niños pequeños y nada más. La infancia de sus hijos fue en San Martín, Meta.

—Fue una infancia feliz hasta que sucedió lo que sucedió.

Laura recuerda con nostalgia que, de niño, Yampier era tan pilo y hacía los trabajos tan rápido, que empezaba a molestar. Entonces los profesores lo ponían a hacer mandados. Todavía vivían en San Martín, con muchos animales en la casa: peces, pericos carisucios, un cachirre, un loro real, un tucán, otro lorito que se les murió, marranos, tortugas, gallinas...

—Extraño vivir en el campo, en Bogotá hay mucho trancón, a mí no me gusta salir, vivo muy aburrida.

Tuvieron que abandonar todo en San Martín después de que su esposo, Dagoberto Sánchez, falleciera a los 45 años el Día del Padre, luego de estar 17 meses postrado en una cama tras caer de un árbol. Era mono, ojiclaro, buen padre. A Laura le cuesta hablar de su muerte. Ha tenido repercusiones psicológicas, porque mientras su esposo estaba cuadripléjico, al poco tiempo del accidente, a su hija Daniela le diagnosticaron artritis degenerativa idiopática infantil.

—Mi hija ahora tiene la columna de una persona de 70 años y los medicamentos son muy costosos.

El día del accidente, Dagoberto estaba trabajando en una finca de Manuel de Jesús Pirabán, alias “Pirata”, jefe paramilitar del Bloque Centauro. Una vez su esposo falleció, ella fue a hablar con él, pues tenía pensado demandar por lo sucedido. Para llegar hasta la hacienda, la subieron en una camioneta que llevaba cinco cadáveres en descomposición.

—Aún recuerdo el olor.

Pirata le dijo que lo mejor que podía hacer era irse: si se ponía a hablar, la matarían. A los pocos días, se fue para Monterrey, Casanare, donde vivió tres años, pero allá fue muy difícil mantener a sus hijos. Entonces partió hacia Bogotá. Su hermana la recibió en la casa en la que todavía viven.

—Nosotros somos desplazados, pero nunca hemos mendigado, lo que hemos logrado ha sido gracias al trabajo.

Laura está cansada. Y aún más después de estar acostada bocabajo e intubada, durante un mes, en UCI, por culpa del covid-19. Una vez salió, cayó en una depresión con la cual lucha aún.

—Me tomo unas pastillas verdes. Cuando mi esposo murió y a mi hija le dijeron que estaba enferma, tuve un intento de suicidio por el desespero que vivía. Esta es una lucha constante que parece nunca ceder. Mi hija mayor



ahora quedó sin empleo y se va a ir a buscar opciones. A mí tampoco me ha salido trabajo estable en un buen tiempo. Estoy ahora haciendo unas chaquetas reflectivas, pero pues todavía no he podido salir a venderlas.

De una caja, saca las chaquetas para ciclistas y, orgullosa, las va mostrando. Trabaja como satélite. Su máquina de coser es su brazo derecho, su apuesta por el futuro, su oficina y una de sus posesiones más importantes. Pero la lluvia está que se la daña.

—Nos da pena que vean la casa.

El cuarto donde descansa Fanny, la hermana de Laura, está pegado a la sala. Hay dos camas. La única luz proviene del televisor, que ve acostada de lado. Es pensionada de enfermería, se lastimó la cadera de tanto alzar a sus pacientes y ahora espera una cirugía. Está perdida entre las cobijas. Saluda.

Del cuarto se pasa a un patio asfaltado. El color cemento se oscurece ante la falta de luz. Un perro sale ladrando de entre un cúmulo de botellas de plástico. Desde el cuarto del fondo saluda Yessica Estefanía, la hermana mayor de Yampier. Tiene 28 años.

—Nosotros vivimos arriba. Estas escaleras son antisísmicas, porque si tiembla usted no se cae sino que se desliza, o en mi caso, rueda —dice Laura entre risas y se coge la barriga.

Más que una escalera como tal, son unos pequeños tacos en forma de vértice clavados a una pared. Para subir, toca casi escalar. Ya en el segundo piso, es necesario esquivar los montículos de telas cubiertos por plásticos enormes. Baldes cuelgan de las tejas, canaletas improvisadas con bolsas desvían el agua.

Nico se asoma debajo de la máquina de coser de Laura. Es un perro que rescató de la calle, al que le hizo respiración boca a boca porque estaba casi muerto. Dos gatos se camuflan entre las telas.

A un costado está la cocina. Y luego las dos habitaciones. Una, de Laura y José; la otra, de Yampier y Daniela —en este cuarto está el computador que el joven compró con algunos ahorros para poder estudiar—. Daniela no quiere

hablar. Perdió la confianza en los medios de comunicación, pues a su familia la han entrevistado muchas veces y nada ha cambiado.

A veces es tal la lluvia dentro de la casa que Yampier y su hermana se tienen que pasar a la cama de su mamá y de su padrastro, porque las de ellos quedan empapadas.

—Fueron los perros de los vecinos, que se subieron a las tejas y las rompieron, las dejaron como un filtro de café, y hasta el día de hoy no han respondido por el daño. No tenemos la plata para cambiar el techo. Además, no es nuestra casa. Este es el lugar donde vivimos, es humilde. Eso sí le digo, mis hijos no han pasado un día de hambre, siempre han tenido sus tres platos.

Truena. Se siente el bochorno. Nos vamos.

Salen Laura, Yampier y José a la calle. Los tres se voltean y miran la nube negra. Saben lo que se les viene... pero puede que llueva, truene o que el cielo se caiga, Yampier no dejará de ir a estudiar a su universidad al día siguiente.

• • •







La niña del arpa

Por Tatiana Escárraga

Ella no lo recuerda, por supuesto. Qué se va a acordar si apenas tenía dos días de nacida. Su mamá la acababa de parir en la casa, en un parto que se le complicó a la matrona porque la niña venía con el cordón umbilical enredado en el cuello y por poco se mueren las dos. Se salvaron porque fueron trasladadas al hospital a tiempo, pero nada más regresar, en plena noche, las sorprendió un bombazo que reventó los cuadros colgados en la pared. Madre e hija estallaron en llanto, desconsoladas. Todo hacía pensar que ahora sí se iban a morir, pues los gritos, las balas, los cilindros, las granadas, se sentían demasiado cerca. Otra vez. Como siempre. Era 1998 y estaban en El Retorno, un municipio en el sur del departamento del Guaviare, azotado por la guerra nuestra de tantos días.

Aquella niña se llama Paula Andrea Martín Obregoso, tiene hoy 25 años recién cumplidos. Es menuda, delgada. Pelo largo, claro. Ojos de un tono amarillo verdoso, que se encienden cuando el sol le pega en la cara, se ponen grises cuando no hay tanta luz o se tornan verdes, muy verdes, cuando llora. Es periodista, actriz, arpista, actual virreina nacional del Folclor y beneficiaria de un crédito-beca del fondo Fest, una estrategia de la Secretaría de Educación del Distrito que promueve el acceso a programas de educación superior y que ya ha ayudado a 1.286 estudiantes a septiembre del 2023.

De todo eso me hablará Paula después: del giro que dio su vida cuando no tenía más dinero para pagar la universidad y consiguió la beca; de por qué la llamaban “la niña del arpa”, ese instrumento antiguo que ha sido el sosiego y la esperanza para ella y sus papás. Pero ahora estamos viajando al pasado; a un pasado que comparten millones de familias en este país roto, repleto de asesinatos, desapariciones, llanto y pena.

Paula no se acuerda, por supuesto, pero su mamá, Andrea, tiene ese capítulo fresco en la memoria: el Bloque Oriental de la antigua guerrilla de las Farc dominaba la zona; en ese momento avisaron que la gente debía irse del pueblo, los combates contra el Ejército arreciaron y Andrea —que ni siquiera





pudo cumplir los 40 días estrictos de dieta después del parto— y Juan José, su marido, tuvieron que desplazarse con la bebé, buscaron refugio en Bogotá, en San Antonio del Tequendama, llegaron donde unos familiares de Andrea, pero apenas si alcanzaron a estar un año allí. Buscarse la vida en la capital les resultó tan hostil... y la casa de El Retorno se quedó tan sola...

Esa casa tenía dos pisos y un patio. Había un árbol de pomarrosa, había chontaduro y había ramas de mamoncillo desperdigadas por el suelo. La calle del frente era destapada. De eso sí se acuerda Paula.

Ya había nacido su hermanita, con la que se lleva menos de dos años. Ambas jugaban en el lavadero que les habían construido al lado del que utilizaba la mamá. La familia había regresado de Bogotá, de ese desplazamiento, que no sería el último. Volvieron y Juan José retomó su taller de ebanistería, donde tuvo hasta siete empleados. Vivían bajo el mandato de la guerrilla, eso sí: lidiaban día a día con el silencio y con el miedo; con los juicios sumarios y las condenas a muerte decididos por el comandante de turno.

Andrea del Pilar Obregoso nació en 1978 en Mesitas del Colegio, en Cundinamarca. Llegó a El Retorno a los 10 años, quizás a los 11, porque sus padres se separaron y la mamá desembarcó con su nueva pareja en el Guaviare.

Juan José Martín nació en 1970 en Guayatá, en el extremo suroccidental del departamento de Boyacá. A los 13 años, consiguió trabajo en las minas de esmeraldas de Muzo, pero a los 16 se largó porque las mafias de narcotraficantes y esmeralderos estaban reclutando niños y jóvenes. Se mudó con su hermano a San José del Guaviare. No conocían a nadie, nadie los conocía a ellos. Era el apogeo de la coca y ambos se pusieron a raspar, hasta que Juan José cumplió los 20. Se le midieron después a la carpintería, pues los Martín eran hijos de un carpintero, así que el oficio no les era ajeno.

Juan José hacía muebles, puertas, ventanas, y allí mismo descubrió el gusto por el arpa. La vena musical venía de antes, de la primera infancia, cuando aprendió a tocar guitarra. Andrea también creció influenciada por la música, cantando

y bailando joropo criollo desde chiquita en el colegio. Allá en El Retorno se encontraron, y allá se juntaron.

Cuando volvieron al pueblo después del primer desplazamiento, la tranquilidad —si es que se le puede llamar tranquilidad a la vida bajo el dominio de un grupo armado— les duró hasta que arremetieron los paramilitares. Andrea no cuenta por qué, pero se ensañaron con ella: la amenazaron, la persiguieron, le dijeron que no se podía ir. “Fue injusto —dice. Se le nota la impotencia en la voz, las pocas ganas de hablar de ese episodio—. Lo recuerdo con rabia, porque siempre nos cuidamos de no pertenecer ni de apoyar a ningún bando. Solo puedo expresar que fue injusto, injusto, no tiene sentido”.

Primero huyó ella. Cuando tuvo una oportunidad, se les escapó a los paramilitares con Judy Marcela, su segunda niña. Paula se quedó unas semanas con el papá, hasta que volvieron a reunirse en San Antonio del Tequendama. Otra vez, el desplazamiento forzado, la existencia sin arraigo, el abandono de lo que construyeron, el volver a empezar desde cero, el vacío.

Una vez instalados en la localidad de Ciudad Bolívar, en Bogotá, Juan José se puso a hacer acarreo, pero su viejo Renault 4 lo dejó tirado y lo obligó a replantearse la manera de buscar el sustento para su familia. “Lo único que se me ocurre es ponerme a trabajar la música en los buses”, se dijo. Ese mismo día, se encontró en un bus con un hombre que tocaba el cuatro y un niño que lo acompañaba en las maracas. Se les acercó, hablaron, les propuso que hicieran algo juntos aprovechando que tocaba el arpa. Así lo hicieron. Después, comenzó a salir con Andrea, su esposa, que interpretaba el cuatro y que también cantaba.

Eran los años 2000. TransMilenio acababa de empezar su andadura. Todavía circulaban por algunas zonas de la ciudad los otros buses: esos antiguos que dejaban una estela de humo negro. Los Martín Obregoso se subían con el arpa y el cuatro a cuestras. Iban por la carrera 68, por la Primero de Mayo, por la Boyacá. Interpretaban música llanera con un dejo de melancolía, pero sin que se les notara la tristeza por la tierra que dejaron atrás.





Andrea distribuía la jornada entre el canto y el cuidado de las niñas. Pero fue pasando el tiempo y la plata no alcanzaba, entonces se pusieron a trabajar los fines de semana y tuvieron que repartirse a las hijas: Juan José se iba con Paula y el arpa y Andrea, con Judy y el cuatro. Un día iba la familia completa en el bus, ya casi llegando al Perdomo, el barrio de Ciudad Bolívar donde vivían, y Paula, que tenía escasos 6 años, les dijo a sus padres: “¿Qué me dan si me paro a cantar?”. “Le damos lo que se haga”, le contestó Juan José. Y ella, toda desafiante y pizpireta, se levantó y cantó “Caminito verde”. Se ganó 10.000 pesos. Llegó feliz a la casa.

La primera vez que Paula se subió a un escenario debía tener 4 años. Estaban en San José del Guaviare, en un concurso donde daban regalos si los niños se acercaban a la tarima con las chanclas de las mamás en las manos. Ella las llevó, pero también cantó y bailó porque le gustaba cantar y porque le gustaba bailar. La mamá asegura que desde muy pequeña le vieron aptitudes, que se ponía a actuar en la casa, que se inventaba noticieros que ella misma presentaba, que soñaba en grande y pensaba en positivo. “Eso viene con ella”, dice la mamá. Tal vez no lo heredó de Andrea, pues su vida ha sido muy difícil y a veces lo veía todo demasiado oscuro; Paula, en cambio, ha sido persistente, emprendedora, disciplinada y apasionada.

Después de aquella primera vez, la vez de los 10.000 pesos, siguió cantando en los buses. No siempre, solo los fines de semana y en algunas rutas, porque era pequeña y se cansaba. En el trayecto largo —larguísimo— que hay entre el Perdomo y la calle 170, a bordo de un bus verde y grande de los viejos, le daban buenas propinas; cuando llegaban al trancón, se bajaban y su papá tocaba el arpa y ella cantaba y les daban billetes de 20.000. Desde entonces, aprendió a ahorrar y, a los 8 años, abrió su primera cuenta en el banco.

Hasta los 12 estuvo así, trabajando los fines de semana en los buses de Bogotá, cantando con su papá, recibiendo su propio sueldo y ahorrando. Siempre impecable, bien vestida y bien peinada, porque sus padres le explicaban que

ellos no eran mendigos sino artistas, y que su oficio era digno. Después, se dedicó a dar serenatas de música llanera, a veces en grupos que armaban Andrea y Juan José, a veces con amigos de ellos.

Fue por esa misma época que sus padres se separaron. Pero las cosas no cambiaron mucho, porque Juan José se mudó cerca de la casa familiar y siempre estuvo —siempre ha estado— presente para ella y su hermana. En esos años, las niñas entraron a una academia de música llanera. Paula aprendió a tocar el arpa. Aunque al principio no le gustaba, poco a poco se fue convirtiendo en una pequeña estrella que se atrevía a interpretar el clásico “Carmentea” con el arpa al revés y se presentaba y competía en festivales en diferentes regiones de Colombia.

Poco a poco, se fue haciendo conocida, pues irrumpía como un vendaval en los escenarios. La niña del arpa. Era la niña del arpa: la que tocaba como si se acabara el mundo. “Con violencia, salga a matar”, le decía el papá. Y ella le daba durísimo al instrumento, casi con rabia. Y hacía una figura, que le habían enseñado sus compañeros de serenata, conocida como “las metralletas”. Y el público se emocionaba y gritaba y aplaudía.

“Esas metralletas suenan ¡tan! ¡pum! ¡tan!... sabroso —me dice, mientras simula el movimiento con las manos. Nos dirigimos desde la localidad de Bosa, donde vive desde hace un tiempo con su mamá y con su hermana, hasta Ciudad Bolívar, donde está la casa de su papá—. Yo no sabía lo que me esperaba, y resulta que el arpa me ha dado todo y ha sido todo”.

Habla veloz, sin perder el hilo, como si tuviera urgencia. “Yo no puedo estar quieta, me pica la calle, pero en el buen sentido”, reflexiona y se ríe.

Su mamá, que nos acompaña, recuerda que un día, siendo pequeña, les anunció que sería reina. Y ha cumplido su promesa. Después de los festivales para arpistas, llegaron los reinados del folclor, esos que van más allá de la belleza física y valoran el talento de las candidatas. Al papá no le gustó mucho la idea al principio, pero después se convirtió en su fiel acompañante; un chaperón que

elegía vestidos, maquillaje, peinados, que se paraba al lado de la tarima y, con una mirada y un leve movimiento de cabeza, le indicaba cuándo empezar a cantar.

Paula no se conformó con el arpa y aprendió a tocar maracas, cuatro y bándola. Bailaba torbellinos, guabinas y merengues campesinos. A los 15, concursó en el Cachirre de Oro, un reinado estudiantil para chicas en Villavicencio. Representó a Bogotá. Llegó con un “*show loco*” y se puso a tocar carranga, cumbia, vallenato y joropo con el arpa. La gente gritaba enloquecida “¡Bogotá!, ¡Bogotá!”, aunque no faltaron las críticas por tratarse de una actuación poco ortodoxa. Esa vez quedó de virreina y descubrió un filón: los concursos dejaban plata.

Paula ha vivido dos vidas en paralelo. En una, ya acumula 19 años de trabajo — “estoy que me pensiono” —. Esa ha sido su vida de cantante y arpista callejera, de serenatera y concursante de reinados: la han coronado reina 10 veces, ha sido princesa y actualmente es la virreina nacional del Folclor, título que obtuvo este año en Ibagué.

Su otra vida ha sido la de la estudiante aplicada en el colegio y en la universidad que perdió el último año de bachillerato porque, a pesar de las buenas notas, faltaba seguido a clase. “Esa vez no me gradué, pero a punta de concursos junté como 10 millones de pesos”, cuenta.

Le dieron el grado en mayo del siguiente año, ya entonces había decidido que quería estudiar Comunicación Social y Periodismo. Lo supo porque una vez, en un concurso en Tame, Arauca, participó en una rueda de prensa donde los periodistas, al terminar, le dijeron que hablaba muy bien, y ella, un poco en serio, un poco en broma, les respondió que eso era porque iba a ser su colega. Quedó de virreina del certamen y la nombraron reina de los periodistas.

Escogió la Universidad Central, que le quedaba a una hora y media de la casa. Calculó que con los ahorros y con lo que ganaba en los grupos de serenatas podía pagarse la carrera, pues sus padres apenas podían ayudarla con comida y pasajes. En el tercer semestre hizo cuentas: empezó pagando 4 millones de pesos, pero el costo subía y subía, y a ella no le alcanzaba. Así que volvió a los

buses, esta vez al TransMilenio. Allá llegaba con su arpa, y una amiga que la acompañaba, pero los 100.000 pesos que se hacían por jornada tampoco le cubrían el hueco. Hasta que se quebró en serio.

Tres veces había optado a una beca de ayuda a estudiantes víctimas de la violencia, pero nunca se la dieron. “Todo era no y no —recuerda—. Andaba muy estresada y me sentaba a llorar, porque mi carrera me gustaba mucho y me sentía en conflicto. Si había sido tan disciplinada y juiciosa, si me iba tan bien académicamente, si había tantos chinos que no entraban a clase y yo queriendo y no podía...”.

Por esas fechas, a su mamá la citaron a una reunión de víctimas donde le explicaron que había un fondo que se llamaba FEST, al que podía acudir para financiar los estudios universitarios. Andrea le dijo que fueran a la próxima cita. Paula aceptó con desgano. Tan desencantada estaba que presentó la documentación como un mero trámite. No tenía esperanzas. Creía que no le iban a dar esa beca. Pero...

El día que se enteró de que había sido escogida como beneficiaria de la beca era de madrugada. Acababa de salir de una serenata y, solo por descarte, buscó en la página del fondo Fest. Encontró su nombre y dio muchos saltos de alegría. Gracias a ese apoyo, terminó la carrera. Después se puso a estudiar Actuación y Teatro Musical. Ya participó en una serie de Netflix (*Haunted: Latinoamérica*) y ahora trabaja como *community manager* en una universidad.

Y ahí sigue, escribiendo su historia, la bebé que casi se muere al nacer —así ella no lo recuerde—, pero que sobrevivió para crecer y para ser reina y para estudiar y para actuar y para triunfar y para convertirse en la niña grande del arpa...

...





"Me apareció un anuncio del programa 'Jóvenes a la U', donde decían que personas como yo, de escasos recursos, teníamos la oportunidad de acceder a la educación superior. No dudé ni un segundo en inscribirme".

Lorena Chacón